

CAPITULO XI.

DE CÓMO EL REY DON FERNANDO EL IV TENIA BASTANTE VALOR PARA ESCUCHAR LAS RAZONES DE UN MUERTO.

I.

Metiéronse entre los árboles.

En uno de ellos cantaba monótonamente un cuclillo.

El viento desapacible, frio, corria entre los árboles, produciendo un zumbido lúgubre, que armonizaba de una manera imponente con el tristísimo canto del pájaro y con el sordo rumor de las hojas.

Estos siniestros ruidos se levantaban entre un silencio profundo.

El rey era bravo y no temblaba; ni aun sentia el menor asomo de miedo, á pesar de encontrarse solo con aquel misterioso personaje, del que habia huido lleno de pavor el infante don Juan, que tenia reputacion de alentado.

La oscuridad de la noche era mas densa entre los árboles.

Apenas veia el rey el bulto del conde don Lope, que se ha-

bia detenido y permanecía inmóvil delante de él y á poca distancia.

II.

—¿Quién sois? preguntó con altivez el rey.

—Pedid mi nombre al infante don Juan, contestó el conde; él os dirá que yo soy un aparecido.

—¿Un aparecido! exclamó con asombro, pero no con miedo, el rey.

—Sí, vuestra señoría está hablando con un muerto.

—Y ese muerto, ¿ha olvidado su nombre?

—No ciertamente; este muerto ha sido gran privado de vuestro padre, y el serlo tanto, le costó la vida.

—¿Dónde morísteis?

—En Alfaro.

—¿A manos de mi padre?

—No; bajo las espadas y las mazas de los ballesteros.

—Entonces no sois el traidor Diego Lopez de Campos, á quien mi padre mató de tres espadadas en la cabeza.

—Ese era mi primo, contestó el conde; yo soy vuestro tío, marido de la hermana de vuestra madre, el conde don Lope Diaz de Haro.

—Pues si tal sois, y á mí os apareceis, de parte de Dios os pido que digais qué queréis y á qué venís.

—Quiero que en bien de mi alma escuchéis las razones que quiero y debo deciros.

—Hablad, que yo os responderé.

—¿Responderéisme en verdad? Jurádmelo.

—Yo os juro por el nombre de Dios no responder á lo que me dijéreis con palabras vanas y mentirosas.

III.

Hubo un momento de silencio, despues del cual el conde don Lope dijo:

—¿Qué haceis, señor, de noche, fuera de los muros del Alcázar y de la villa, en compañía del infante don Juan, que es vuestro enemigo y enemigo del género humano?

—Por mi tío, muy querido y muy leal para mí, le tengo.

—Es cierto; sois un mozo muy adelantado para vuestra edad, y por mas que os han criado muy bien, vuestra madre y vuestro ayo el maestre de Calatrava, don Ruy Perez Ponce, habeis heredado el genio aventurero, audaz y voluntarioso de vuestro padre.

—¿Por Dios vivo! exclamó con impaciencia y con altivez el rey.

—Habeis heredado tambien de vuestro padre lo violento y lo irreducible á las buenas razones. Os olvidais de que quien os habla en nombre de Dios y por vuestro bien, es un alma del otro mundo, contra la cual nada podeis.

El conde se mantenía á alguna distancia del rey, y este no podia saber si lo que tenía delante era cuerpo ó sombra.

Nadie dudaba entonces acerca de los aparecimientos, ni se estrañaba que los aparecidos, siendo almas del otro mundo, hablasen y tuviesen forma visible.

IV.

—Continuad, dijo el rey.

—Respondedme en verdad como habeis jurado: ¿por qué estais fuera del Alcázar y de la villa á estas horas? ¿por qué os he

visto acompañado del infante don Juan? ¿á qué infamia, á qué torpeza ó á qué aventura os ha conducido?

—Amo á una ilustre dama, á una hermosísima dama, contestó haciéndose una gran violencia el rey.

—¿Y vuestra esposa doña Constanza?

—Aún no hemos sido unidos en uno; ella tiene ocho años y yo trece; aún faltan cuatro para nuestra union.

—¡Impureza y escándalo, abominaciones del infante don Juan; los niños llevados por la adulacion y por la traicion á prematuros vicios!

—¡Vicios! exclamó vivamente contrariado el rey; yo amo como á mi hermana á esa dama.

—¡Como hermana! ¡Ah! ¡La corrupcion no se apodera fácilmente del corazon de los niños! Aún es tiempo de que aprovecheis mis consejos; tengo derecho á dároslos, porque soy vuestro tío y porque obedezco un mandato de Dios. Los reyes deben tener el corazon limpio de toda impureza, porque son la justicia, y no se avienen bien la injusticia y la impureza. Los reyes deben ser muy precavidos y no deben dar oído fácil á la adulacion traidora que halaga sus pasiones, para hacerlos esclavos de sus vicios y dominarlos por estos. Si el rey no es la representacion de Dios sobre la tierra, no es buen rey; y el hombre no puede asemejarse en lo posible á Dios, sino nutriendo su corazon con la fé, con la justicia, con la caridad, con la magnanimidad, con la prudencia, con la fortaleza. Los favoritos son la carcoma que corroe el corazon de los reyes, y las mancebas la mortal ponzoña que los corrompe. El rey no es rey para satisfacer sus apetitos, sino para gobernar con justicia, caridad y fortaleza sus reinos. El rey que no es grande en la virtud, no merece serlo. Tomad ejemplo de vuestra madre, que es la virtud misma; de vuestra madre, sin la cual vos no seríais rey, ni podríais haber hecho vuestro privado á vuestro tío el torpe infante don Juan. ¿Qué dolor no causareis á vuestra madre, á vuestra buena y noble madre, si os llama y la dicen que no estais en el Alcázar, y si luego sabe que os habeis salido de la villa con el infante don Juan á aventuras amorosas, indignas, que no corresponden

á vuestra edad, indignas de vuestro sér de rey, criminales en quien ha jurado su fé á la purísima doncella su esposa, que pasados pocos años será con él en uno, y su contento, y su alegría, y su amor, y la madre de sus hijos?

—Yo tengo un hermano y dos hermanas bastardos, contestó balbuceando y aturdido el rey: don Alfonso, doña María y doña Teresa Sanchez, habidos por mi padre en doña María, señora de Ucero, su combleza.

—Dios perdone á mi cormano el rey don Sancho por la injuria que hizo á mi buena hermana la reina doña María. No imiteis vos, don Fernando, los pecados de vuestro padre; no cometais la impiedad sacrílega de disculparos con ellos, porque habreis ofendido su memoria, sin salvar vuestra fama. Buscad mas bien sus virtudes y acrecedlas si os es posible, y sobre todo rogad por él á Dios que le perdone; sed bueno y hacéos si os es necesario mártir, como vuestra madre, y ofreced á Dios todas vuestras tribulaciones, todos vuestros trabajos por las almas de aquellos á quienes debeis la vida y la corona que ceñís.

—Yo no soy malo, dijo con la voz apagada el rey, dominado por la severidad de las palabras y por el vibrante acento del conde.

—No lo sois, dijo este, pero llegareis á serlo, si os agradais de las lisonjas y de las malas artes de hombres como vuestro tío el infante don Juan, que quiere hacer de vos el escabel de su grandeza, y que tiene fija la mirada codiciosa en vuestra corona para arrancárosla á la primera ocasion favorable. ¿Cómo podeis fiar en un hombre que no se sabe si es cristiano, judío ó moro, porque no tiene ni Dios ni ley; en un hombre á quien hubiera matado por traidor vuestro padre, á pesar de ser su hermano, si no lo impidiera vuestra madre, la del gran corazon, la de la gran virtud; en un hombre que, no bastándole la rebeldía contra el rey, se rebeló contra Dios, valiéndose del horror de la naturaleza, cuando ante los muros de Tarifa degolló á vista del mísero padre al hijo niño, cuya muerte selló el heroismo de Al-

* Manceba de hombre casado.

fonso Perez de Guzman; en un hombre que, acogido por el rey de Granada Mojammet-el-Ansarí, le burló, robándole su hija predilecta; en un hombre que, apenas muerto vuestro padre, se pasó á Aragon, hizo causa comun con vuestros rebeldes primos los infantes de la Cerda, os tomó los reinos de Leon y de Galicia y se llamó rey de ellos en daño y ofensa vuestra? ¿Cómo sois tan insensato que á ese traidor mal nacido amais y respetais y os dejais guiar por él, por el camino de vuestra perdicion?

—Mi tío, contestó el rey, está arrepentido de sus culpas; me ama, ama á mi madre.

—Sí, como el carnicero ama á la oveja. ¡Ah! el gran corazon, el clementísimo corazon de doña María, todo amor, todo misericordia, que consiente sobre la tierra y bajo su mano á hombre cuya existencia es una ofensa viva de la justicia.

—¡Oh! exclamó el rey procurando rehacerse.

—Os está hablando la eternidad por mi boca, príncipe, exclamó con voz potente el conde. Callad, callad, oid, obedeced, apartaos de esa mujer á quien os han arrojado para que sea vuestra sirena, para que os adormezca en el deleite, os enerve, os corrompa, os envilezca y os mate.

—Esa mujer es un ángel de Dios, exclamó el tenaz mancebo.

—¡Ángel de Dios, y os seduce! ¡ángel de Dios, y habeis llegado á ella por medio del infante don Juan! ¿Quién es esa mujer? Su nombre.

—Doña Juana Nuñez de Lara, contestó el rey, vuelto á dominar por la severa energía de don Lope, á quien creia un alma del otro mundo.

—¡Doña Juana Nuñez de Lara! exclamó don Lope: don Juan Nuñez y don Alvaro se unen con el infante don Juan y contra vos conspiran, y olvidados de su honor, se valen contra vos de las seducciones de su hermana. ¡Oh! ¡infamia, vileza, maldicion! ¿Y qué hace, qué dice, qué piensa el marido de esa mujer, el infante don Enrique vuestro tío, vuestro tutor? Vos, casado, amais á una mujer casada, os prestais dócilmente á las asechanzas de vasallos traidores, y haceis traicion en su honor á vuestro tío, á

aquel bajo cuya tutela os puso vuestro padre. ¡Rey! no provoquéis la ira del Señor, no busquéis una mala hora en que Dios levante de sobre vuestra cabeza su mano y os mate de mala muerte, y sin que podais arrepentiros de vuestras culpas, como me mató á mí. Mirad no os veais un dia como yo me veo, viviendo en pena y causando horror á la sombra. ¡Arrepentíos ó temblad!

Y el conde, no creyendo oportuno prolongar aquella escena por temor de que un incidente cualquiera viniese á destruir su terrible prestigio fantástico, se hizo rápidamente algunos pasos atrás, y desapareció entre los árboles.

El rey permaneció por algun tiempo aterrado, silencioso é inmóvil; se recobró al fin, y gritó:

—¡Ah de los míos!

Acudieron inmediatamente los de su escolta, y el rey salió con ellos de la arboleda, en la firme creencia de que le habia hablado por permission de Dios el alma de su tío el conde don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, muerto á mano airada por su padre el terrible rey don Sancho.